



EL METALURGICO



Órgano de la Federación Nacional
de Obreros metalúrgicos y similares de España

REVISTA MENSUAL

Redacción y Administración: Plamonte, 2, Casa del Pueblo.

DE CARA AL PORVENIR

De toda la labor realizada por la Federación Nacional de Metalúrgicos durante el pasado año 1928 destaca en proporciones considerables el Congreso ordinario celebrado durante los días 16 al 19 de septiembre. Podemos decir que en él se han señalado nuevos rumbos; que la Federación ha entrado en el camino de las nuevas realidades; que empieza a cumplir las obligaciones inherentes a todo organismo nacional, ya que ha entrado en la unificación de la labor que han de realizar las Secciones federadas, interesándolas en los problemas que les son comunes.

Hasta hace poco tiempo, por razones que no son del caso exponer, la disciplina federativa no era la que requiere un organismo que, cual nuestra Federación, ha de verse obligado a hacer frente a innumerables cuestiones que parecen un poco al margen de la vida de nuestra industria, pero que surgirán, acaso no tardando, las cuales, no sólo no nos será dado evadir, sino que tendremos que impulsarlas, si no queremos que, paulatinamente, las vaya planteando la clase patronal, sin darnos tiempo a que obtengamos de ellas la parte de beneficios que pueda correspondernos, como factores integrantes de la producción. Y no sólo que no obtengamos beneficios, sino que nos cause perjuicios incalculables. Tal puede ocurrir con la racionalización de la industria.

Es verdad que esta cuestión va muy despacio; pero ello no obsta para que nos vayamos preocupando de estudiar la orientación a seguir frente al establecimiento del nuevo sistema de producción. Afortunadamente, ya son varios los compañeros que se preocupan de este problema, y es de esperar que, cuando llegue el momento oportuno, la mayoría de nuestros federados tendrán de él los conocimientos necesarios para saber a qué atenerse. Ya en el Congreso se trató de esta importante cuestión, y los compañeros que intervinieron en el debate demostraron tener de él un conocimiento muy completo.

Otro de los asuntos tratados en el Congreso, a nuestro juicio, el más importante, ha sido la necesidad de modificar radicalmente los estatutos federativos, reconocida por todos los delegados. Es cierto que, a pesar de

haber presentado el Comité un proyecto completo, no fué resuelto este tema por el Congreso; pero ello no importa. Las grandes reformas requieren una mayor meditación, un estudio más detenido, a fin de que puedan responder a las necesidades del organismo que las afronta. Para 1 de julio de 1929 debe ponerse en vigor el nuevo estatuto. Antes lo habrá estudiado el Comité Nacional y, si fuere preciso, un Congreso. Dependerá de las enmiendas que las Secciones presenten al proyecto del Comité, y de la importancia que esas enmiendas tengan.

Permítasenos, pues, que concedamos una mayor importancia a la reforma de los estatutos, ya iniciada. Todo organismo que aspire a funcionar bien ha de dictarse unas normas que obliguen a todos por igual. Estas normas han de tener la virtud de hacer converger en ellas el interés de cuantos han de observarlas. Nuestra Federación nacional ha tenido siempre, como es natural, su reglamento. Ateniéndose a él ha venido funcionando durante veinticuatro años; pero más que los beneficios que en sí ha reportado hasta la fecha a las Secciones federadas, ha sido el espíritu federativo, de Unión General de Trabajadores, que anima a todos los federados, y principalmente a los elementos que dirigen la organización, lo que la ha sostenido. Las ventajas conseguidas por el organismo superior nacional, la constante propaganda por él realizada, han sido lo que hasta ahora ha dado vida a nuestra Federación; una vida lánguida, sin grandes empeños colectivos: es doloroso confesarlo; pero ello es la verdad, y nada mejor podemos hacer que reconocernos a nosotros mismos, siempre que al hacerlo nos guíe un firme propósito de enmienda.

Y a enmendarnos vamos. De la Unión General de Trabajadores podemos esperar, tenemos derecho a esperar los grandes beneficios que su acción reporte a cuantos a ella pertenecen. Pero la Unión General no sería lo que es si las fuerzas con que cuenta no aportasen al acervo común su entusiasmo y su constante actuación. Además, las Federaciones nacionales que la integran están obligadas—son la base lógica de su existencia—a

resolverse los problemas de índole particular que les son peculiares. Y si todas las Federaciones tienen problemas particulares que resolver, acaso ninguna como la nuestra. A internarnos por el camino que esos problemas nos imponen encaminamos nuestros pasos. Los nuevos estatutos estableciendo la base múltiple, modificando el sistema de cotización, estableciéndolo de arriba abajo, han de obligar a todos los federados a que fijen su atención en el organismo nacional y a que tengan por él un interés más marcado que el que hasta ahora han tenido.

Por otra parte, ha de prodigarse la propaganda tan extensa e intensamente como sea posible, para conseguir que se federen cuantos metalúrgicos y siderúrgicos están organizados en España, creando Secciones allí donde no existan.

De esta forma podremos ir preparándonos para que los sucesos no nos encuentren desprevenidos.

Por lo que al Comité respecta, no ha de regatear esfuerzos para llegar a la conclusión que se propone. Confía en que las Secciones han de prestarle su apoyo y su colaboración más decididos.

Wenceslao CARRILLO

La racionalización y el salario

En el número anterior de EL METALURGICO, al propio tiempo que, haciendo eco a los debates de nuestro Congreso, iniciábamos aquí una plática sobre las formas remuneradoras del trabajo, nos encontramos con un artículo del compañero Agustín Redondo discutiendo alrededor del mismo tema, pero sosteniendo una tesis muy diferente a la nuestra.

Habría entre uno y otro criterio algún parecido; pero la disparidad es bien evidente. Podrá haber entre nosotros algún punto de contacto, alguna coincidencia; mas no hay por qué ocultar que, tanto sobre el concepto de la racionalización como del ejercicio de la prima, pensamos de muy distinta manera. Nos acercamos el uno al otro al considerar la prima como un caso de fuerza mayor, sin que acatarla signifique asentimiento a sus características al principio que la informa; transigimos, bien dispuestos a despojarla de sus normas arbitrarias en su aplicación; pero nos alejamos cuando él considera la prima como base de estímulo para el trabajo y la juzga incluso recomendable para nuestras organizaciones. Coincidimos al estimar que la clase obrera no puede desentenderse ni menospreciar ninguno de los problemas inherentes a la organización del trabajo y de la producción; pero yo entiendo que nuestra aportación al interés general no puede tener manga ancha, sino que importa saber hasta qué punto o límite puede llegar nuestro sacrificio como entidad proletaria.

Mi buen amigo Redondo: Eso de que «dos trabajos resultan monótonos por la repetición de los movimientos, consecuencia de la racionalización, sin el estímulo de la prima», eso, amigo mío, es una teoría de sociólogos ociosos, quienes discurren a sus anchas sin importarles un bledo la realidad de la organización del trabajo ni la situación moral ni material de los obreros. Otro gallo les cantara si tuviesen que habérselas para vivir con una burguesía rapaz, egoísta y profundamente rutinaria, como la que tenemos aquí en España, endiosada en cierto derecho divino para no sé qué omnipotencia feudataria dentro de las fábricas, sin tener en cuenta para nada el interés general.

En primer término, debemos tener muy presente que la clase obrera no vive solamente de satisfacciones materiales, en contra de lo que opinan muchos cuco. Las satisfacciones morales, es decir, un trato de respeto, de consideración y de justicia, producen siempre el mejor de los estímulos, como no podría serlo la más remuneradora de las primas. Por eso bregamos por obtener derecho y beligerancia en el establecimiento de los contratos colectivos y que sea reconocida a nuestras organizaciones la facultad de controlar su aplicación. Mas, para conocer los verdaderos sentimientos de nuestros medios patronales, bastará, creo yo, que echemos una mirada escrutadora sobre la ruda oposición que hacen al funcionamiento de los Comités paritarios y, sobre todo,

al famoso artículo 17. Son detalles, es verdad; pero demasiado importantes para que no los tengamos en cuenta.

Respecto a la monotonía de los trabajos hechos en serie, se me ocurren igualmente algunas observaciones. La monotonía en el trabajo no es la consecuencia de hacer siempre la misma labor; depende, más bien, de las condiciones intelectuales y psicotécnicas de quien lo ejecuta. No hace tanto tiempo que he dejado la herramienta del taller para que las experiencias en él vividas no puedan servirme de guía en estas deducciones. Yo he visto obreros que han renunciado a un avance de su situación, voluntariamente, porque el nuevo trabajo que se les ofrecía implicaba para ellos una mayor responsabilidad: la obligación de pensar y poner en movimiento todas sus facultades mentales. El mismo Ford dice en sus libros que no encuentra para sus talleres suficiente mano de obra experta y con preparación profesional, que es la que realiza trabajos siempre distintos, y asegura que la inmensa mayoría de los trabajadores prefieren siempre el mismo trabajo, para ahorrarse el de pensar. Y en casa de Ford se trabaja solamente a jornal. Esto es, por días o por semanas.

Y es que la prima no constituye de por sí un estímulo. El estímulo está en que, al final de la semana, el obrero perciba su salario suficientemente remunerador, que eleve su nivel de existencia, y pueda disfrutar de todas las conquistas de la civilización que él mismo contribuye, en gran parte, a que se realicen.

Hay algo en el artículo del compañero Redondo que me ha chocado en gran manera. Esto: «Hay — dice — un ejemplo muy claro de que estos métodos no son malos, y es que se emplean en todos aquellos países cuya industria florece y cuya organización obrera florece también, y solamente donde la industria es pobre, y, de rechazo, la organización obrera también, naturalmente, es donde aún se pretende no aceptar tales métodos.»

Cuidado, amigo, cuidado, no nos ofusquemos con exceso tras el espejismo de la prima. Fíjese bien el amigo Redondo que la clase obrera no tiene, ni ha tenido hasta ahora, medio hábil a su alcance para hacer variar el ritmo de la producción, barómetro donde se registra la prosperidad de las naciones. Y si es cierto que la burguesía quiere dar a entender que los salarios — ya sean a prima o a tiempo — están supeditados al género y cantidad de productos fabricados, de sobra sabemos todos que el volumen de los salarios se estipula independientemente del valor comercial de los productos, o sea que la fijación de los salarios no emana del valor de las riquezas producidas por el obrero, sino del buen talante del patrono, o de lo que su afán de beneficios le permite dejar, reparando muy poco, para el cálculo de los suyos, en la calidad y sí en la cantidad.

Ahora bien: todo es relativo, y ya el compañero Redondo lo señala en su artículo. Esto, como otras muchas cuestiones que afectan a la clase obrera, puede inclinarse a su favor, según el grado de potencia y capacidad de nuestras organizaciones, según el prestigio y autoridad que por su actuación hayan sabido conseguir sus militantes. Así, por ejemplo, y ahora nos encontramos, me parece, con la tesis del compañero Lacort, puede darse el caso, en determinadas circunstancias, de que la organización esté en condiciones de aceptar el trabajo a prima porque ésta se halle rodeada de tales garantías de lealtad, de justicia y de facilidad de control en sus efectos, que los obreros resulten beneficiados.

Es más: puede ocurrir que una organización dueña de sí misma y consciente de sus responsabilidades, no solamente considere la prima aceptable, sino hasta, en cierto modo, necesaria. Tal es la situación de los compañeros que trabajan en la Cooperativa Alfa. Tal es el caso de Lenin pidiendo a gritos el establecimiento del trabajo a destajo ante el relajamiento observado por la clase obrera después de la revolución, yendo a las fábricas solamente para hacer acto de presencia. Como puede ocurrirnos a nosotros mismos, para que ciertos trabajadores comprendan su deber, ya que podría darse el caso que algunos, fiando en la organización, creyeran que se puede ir al trabajo para holgar a costa de los demás, y en caso de despido, hacerse las víctimas, provocar una huelga, pedir solidaridad a chorro continuo, causando con todo ello un desprestigio a la organización y un daño enorme a toda la clase obrera.

Resumiendo: yo me guardaré muy bien de recomendar de una manera general el trabajo a prima; pero tampoco le condeno de una manera absoluta. Lo único que no admito es que se nos presente como principio.

Es muy difícil, para un organismo societario de carácter nacional, sentar una base fija y limitada en materia tan compleja

como es un régimen de salarios. Lo que importa es que los elementos directivos de los Sindicatos pertenecientes a nuestra Federación hagan publicar en las páginas de EL METALURGICO sus experiencias, medios de acción empleados, así como los resultados obtenidos, a fin de poder llegar a conclusiones más concretas. En el fondo hallaremos que la cuestión primordial estriba en tener organización sólida, compacta y de prestigio.

De todos los salarios a prima, el sistema Rowan, o el sistema colectivo, me parecen los mejores; pero a condición de que los Sindicatos pueden controlar su aplicación. Mas no debe iluminarnos excesivamente la teoría de los altos salarios, sobre todo en régimen capitalista. En la sociedad actual, el mejor salario es el más remunerador, o sea el que procura, no una mayor cantidad de medios de consumo a una fracción del proletariado, sino el que eleva las condiciones morales y materiales de toda la clase obrera.

Enrique SANTIAGO

La aplicación de la jornada de ocho horas en la industria europea

La *Revista Internacional del Trabajo* acaba de publicar un estudio de la Oficina Internacional del Trabajo que aporta indicaciones precisas sobre la aplicación del principio de las ocho horas en la industria europea.

Se desprende de dicho estudio que veintidós Estados europeos tienen en vigor legislaciones generales sobre la duración del trabajo. Seis Estados tienen tan sólo legislaciones parciales: Dinamarca, Estonia, Gran Bretaña, Irlanda, Luxemburgo y Suiza. Pero si se tiene en cuenta el desarrollo de la reglamentación por medio de los convenios colectivos, puede comprobarse que solamente se hallan desprovistos de toda reglamentación sobre la duración del trabajo dos Estados, en los que la industria no ocupa sino un lugar secundario en la economía nacional: Hungría y Turquía (cuya parte europea es muy reducida), y un Estado, en el que no existen establecimientos industriales: Albania.

Casi todas las legislaciones y los convenios colectivos prescriben una duración normal del trabajo semanal de cuarenta y ocho horas o menos. Tan sólo escapan a esta regla ciertos trabajos sometidos a leyes especiales (cargadores de puerto en Holanda, panaderos en Grecia), así como la pequeña industria en Yugoslavia. En Suiza, los convenios colectivos existentes en las artes y oficios sobrepasan raramente dicho límite.

Un número bastante grande de países aplican la semana inglesa, que, si bien no disminuye en todos los casos la duración del trabajo semanal, mejora, en cambio, las condiciones del gran descanso semanal.

La distribución de las horas de trabajo en un espacio de tiempo superior a una semana ha sido utilizada en varios países. Bélgica—que ratificó el convenio de las ocho horas—ha usado largamente de esta facultad, siguiendo diversas modalidades antes que recurrir a una prolongación de las horas de trabajo.

Si bien algunos Estados han aceptado la duración media del trabajo semanal de cincuenta y seis horas para aquellas labores que requieren un funcionamiento continuo, hay otros, como Italia, Noruega, Holanda, que han mantenido la duración media de cuarenta y ocho horas aun en casos especiales. En parte, sucede lo mismo en Francia. En Bélgica, los obreros que trabajan por equipos de cincuenta y seis horas, por término medio, durante un período de tres semanas, tienen derecho a un descanso compensador de veintiséis días enteros cada año, lo cual disminuye la media anual de trabajo semanal.

Las prolongaciones diarias, autorizadas principalmente para trabajos preparatorios o complementarios, tienen duración variable según las legislaciones; pero sólo en casos excepcionales pasan de dos horas. Además, ciertas prolongaciones se autorizan generalmente sin límite de duración en los casos de accidente o fuerza mayor, así como cierto número de horas extraordinarias deben ser remuneradas a mayor tarifa. El aumento mínimo concedido varía generalmente entre 25 y 30 por 100.

Por último, la legislación de la gran mayoría de los países en cuestión dicta las medidas necesarias para asegurar la aplicación regular de las disposiciones relativas a la duración del trabajo: implantación de un horario de trabajo, práctica de un control por la inspección del trabajo y aplicación de un sistema de sanciones.

ASPECTOS

La racionalización de las industrias es un problema que, no siendo nosotros, los obreros, los que primeramente lo hemos puesto de manifiesto, hemos de aceptarlo, sin embargo, como una consecuencia de la competencia establecida por la centralización de la vida industrial, que hace que, por su parte, cada una transforme su modo de hacer, en revisión constante, para evitar lo superfluo, tanto en la producción como en la dirección; y deber nuestro es, en cuanto a nuestro suelo atañe, el mostrar los frutos de un error, por si pudiera servir para evitar posibles errores al pretender que España entre en este mundial concierto del trabajo.

Si nuestra memoria no nos es infiel, creemos recordar que en la legislación social que sirve de cauce al desarrollo de las industrias norteamericanas, hay una parte por la que queda el Estado facultado para intervenir en la marcha de una industria cuando ésta peligre: por disolución de Sociedad, por defunción del dueño, o director, etc., justificando esta intervención el interés que la nación ha de sentir porque su actividad productora no sufra la merma que supondría el que el movimiento productor de determinada factoría se paralizase, ocasionando perjuicios, siempre sensibles en la economía nacional, pues llegan hasta incurrir en responsabilidad criminal los que, por incapacidad, negligencia o mala administración, son causa, desde los puestos directores, de la ruina o relajamiento de una industria.

Y esto, que sirve en los Estados Unidos para sostener tan en auge su nivel productor, de tenerlo establecido en nuestra legislación, otra sería nuestra actividad: no se cerrarían talleres y manufacturas en la forma tan desoladora en que hoy sucede.

Esto lo hemos presenciado hace pocos días en Madrid: unos talleres, grandes, relativamente, para lo que, en general, son aquí, con crédito y radio de acción en toda España y Marruecos, cuarenta años de existencia, florecimiento máximo, como tantos otros, durante la guerra, época de las vacas gordas, que facilitaba ingresos fabulosos, y que la imprevisión del patrono le aconsejaba un lujo y un derroche también fabulosos, causas de que no pensara en mejorar, ni aun reponer, el herramental que el trabajo intenso inutilizaba.

Por fallecimiento del patrono queda el negocio a merced de un hijo, tan necio y fatuo como derrochador, y de una viuda dominada por el lujo y pagada de tener un hijo que alterna... Resultado: las hipotecas y deudas insalvables determinan una quiebra fulminante, y brinda el cuerpo de España a las demás naciones para su explotación, porque no queda en ella quien lo haga.

Como el caso referido conocemos varios; pero hay otros aspectos que conviene tener en cuenta al hablar de racionalización y progreso industrial en España.

Se da el caso de que una casa extranjera establece talleres aquí; pero se cuida de hacerlo en condiciones de que sea imposible una producción ni aun aproximada a la que en la casa raíz realiza, lo que es sencillísimo hacer, pues allá se trabaja con materiales calibrados, reportando grandes economías, y aquí las mismas piezas han de hacerse a lima y por procedimientos anticuados, lo que ocasiona una diferencia de tiempo en mano de obra que encarece la manufactura de tal forma, que justifica la importación, aun cuando el arancel y los transportes duplican los precios; pero eso no importa: lo principal es demostrar de alguna manera que la capacidad productora del obrero español es menor que la del extranjero, y, por tanto, seguir teniendo a España como país inferior y colonizable, mientras el Estado no legisla impulsando la vida industrial y evitando el estancamiento del capital español en las gavetas de los Bancos.

C. DELGADO

Enero 1929.

Metalúrgicos:

EL SOCIALISTA

es vuestro diario

Un triunfo de los metalúrgicos alemanes

Los obreros de la industria siderúrgica alemana de la cuenca del Ruhr acaban de sostener un locáut a que los ha lanzado la clase patronal.

Esta gran lucha, que alcanzó a 200.000 obreros de la industria y produjo el paro forzoso de otros 100.000 de varias industrias, tiene un gran significado, que queremos destacar aquí.

Por una disposición del ministro del Trabajo, derivada de reclamación formulada por la Federación de Metalúrgicos, los patronos venían obligados a aumentar los salarios en una proporción del 4 por 100. Parecía lógico que los patronos accedieran a cumplimentar la sentencia de arbitraje propuesta por tan significativo representante del Estado; pero ha sido esto precisamente, la intervención de un ministro, lo que ha sacado de quicio a la clase patronal, y, rebelándose contra el fallo, ha lanzado a los obreros al locáut.

¿Es que los patronos de la industria siderúrgica de Alemania prefieren la aplicación del sistema de acción directa en sus luchas contra los obreros organizados?

Tal se desprende de lo ocurrido ahora con el locáut, que ha terminado ya mediante el laudo de un ministro socialista.

(Apresurémonos a aclarar esto que parece una contradicción. Los patronos lanzaron a sus obreros al locáut negándose a acatar lo que consideraron una injerencia del Estado. Comprometieron luego a aceptar el laudo del ministro socialista Severing, por imposición de las circunstancias. Corrían el riesgo de habérselas por sí solos con los huelguistas, y esto les infundió temor. Era más cuerdo transigir con el laudo, aunque el que lo dictara fuese ministro, y además de ministro, socialista, y además de socialista, de oficio metalúrgico.)

En otros tiempos, antes de que la clase trabajadora tuviera la preponderancia política que hoy tiene en Alemania, allí como en todas partes no era un inconveniente la intervención de un Gobierno en las luchas obreropatrones. Compuesto el Gobierno por decididos defensores de la propiedad privada, no era de temer un laudo que pudiera perjudicar considerablemente al capitalismo.

Pero la situación ha variado considerablemente. La clase trabajadora tiene en la vida política del país una influencia considerable. El canciller alemán es socialista, y cuatro ministerios están regentados por otros tantos afiliados al Partido. Es indudable que la fuerza del Partido Socialista de Alemania se asienta también en la potencia de la organización sindical. Esta, que sigue las orientaciones de la Internacional de Amsterdam, aspira, como nuestra organización, a la socialización de los medios de producción y de cambio. Los patronos metalúrgicos alemanes ¿han provocado el locáut pretendiendo dar la batalla a la organización política y sindical de los trabajadores?

No se concibe otra finalidad. Precisamente en los momentos en que los patronos de la industria siderúrgica alemana mantienen grandes y violentas discusiones en las reuniones de los «cárteles» por conseguir que se los faculte para hacer una producción mucho más elevada que la que les fué asignada; que abonan grandes sumas de marcos a los «cárteles» por faltar a sus acuerdos, al excederse considerablemente en la producción, no se comprende que provoquen un locáut cuyas consecuencias alcanzan a 213.000 obreros de la industria locautada y a otros 600.000 mineros y metalúrgicos de distintos oficios, que se encontraron en paro forzoso.

Si la finalidad de los patronos siderúrgicos alemanes ha sido la de causar un daño irreparable a la organización sindical y política de aquella clase trabajadora, habrán visto que éste no es un empeño fácil.

La Federación Nacional de Metalúrgicos de Alemania, a pesar de estar sosteniendo una huelga en la industria naval del norte de aquel país, que alcanza a 60.000 compañeros, por espacio de varias semanas, no ha tenido necesidad de recurrir a la solidaridad de las Federaciones pertenecientes a la Internacional. Su potencialidad económica le ha permitido sostenerse con sus propias fuerzas, y ha salido del locáut más fortalecida que cuando los patronos apelaron a tan peligroso procedimiento.

Nuestra más efusiva enhorabuena a aquellos camaradas, y que estos hechos sirvan de ejemplo a los metalúrgicos españoles, para que doten a su Federación Nacional de la fuerza numérica, económica e ideal, a fin de que puedan contar en su historia páginas tan brillantes como la que acaba de escribir la Federación hermana de Alemania.

Pensiones en el extranjero

Por lo que pueda interesar a los compañeros metalúrgicos, reproducimos de una circular que el presidente de la Junta Central de Perfeccionamiento Profesional Obrero ha tenido la atención de enviarnos lo siguiente:

«PENSIONES DE OBREROS

Los que aspiren a estas pensiones lo solicitarán en instancia escrita y firmada por el peticionario, a la que deberá acompañarse escrito-propuesta del patrono, Sociedad patronal u obrera, Centro de educación obrera u organismo análogo, proponiéndole para la pensión. Ambos documentos irán dirigidos al presidente de la Junta Central de Perfeccionamiento Profesional Obrero (Prado, 26), los cuales, con los demás que se expresan más abajo, deberán presentarse dentro del plazo de cincuenta días, incluidos los festivos, a contar desde el siguiente al de la publicación en la *Gaceta de Madrid* del anuncio de la presente convocatoria, concediéndose un plazo de diez días para completar la documentación, la cual deberá entregarse en las oficinas de la Junta, o enviarse por correo certificado, contándose como fecha, en este caso, la de la presentación en la oficina de Correos correspondiente.

Primero. A la expresada solicitud y escrito-propuesta deberán asimismo acompañarse los siguientes documentos: a) Partida de nacimiento del Registro civil acreditativa de haber cumplido veinte años y no exceder de treinta y cinco. b) Certificación médica acreditativa del estado de salud e integridad física. c) Certificado de buena conducta moral expedido por el patrono, Sociedad obrera o entidad presentadora. d) Certificado de haber recibido la instrucción primaria, que no será necesario cuando el peticionario ha seguido cursos en Escuelas profesionales, Escuelas de Artes y Oficios o industriales, o Centros de análogo carácter, que bastará la presentación del documento que lo acredite. e) Contrato de trabajo con el patrono en cuyo establecimiento presten sus servicios, con especificación de las condiciones en que el obrero será admitido a su regreso, o, en defecto de contrato, se alegarán los motivos que tiene para no presentarlo, como, por ejemplo, la negativa del patrono, u otros igualmente admisibles. f) Asimismo deberá acompañarse el documento militar acreditativo de haber cumplido el servicio activo en filas o de su exención, para evitar al elegido los inconvenientes de una suspensión de su estancia y perfeccionamiento en el extranjero por ser llamado al cumplimiento de los deberes militares. g) Deberán también presentar todos los documentos justificativos de méritos especiales y razonada y breve exposición a la Junta de sus condiciones personales para aprovechar la pensión, y facilidades con que cuenta a su regreso para aplicar los conocimientos adquiridos, pues pueden alcanzar estas pensiones para obreros a los que, siendo tales, posean títulos o certificaciones de estudios en los establecimientos de enseñanza profesional del Estado o corporaciones.

Segundo. La Junta facilitará a quien lo solicite, verbalmente o por escrito, cuantos detalles e informaciones se le pidan relacionados con la presente convocatoria y condiciones generales de la pensión.

Tercero. La Junta se reserva el derecho de cerciorarse, por los medios que estime oportunos, de la competencia profesional del solicitante para el debido aprovechamiento de la pensión.

Cuarto. El tiempo por el que se concede la pensión es de un año, y tres meses de curso preparatorio, que se seguirá en España y en el extranjero.

La pensión podrá prorrogarse, sin que pueda exceder de un total de treinta meses. Dicha prórroga la concederá discrecionalmente la Junta, quien apreciará para ello libremente las condiciones del pensionado.

Quinto. Durante toda la pensión y curso preparatorio, el obrero percibirá un jornal de pensión entre 12 y 15 pesetas, según el país donde vaya a residir. Serán también de cuenta de la Junta los gastos que ésta previamente autorice de matrículas, libros, instrumental y los viajes de traslado, cuando lo estime conveniente.

Sexto. Los obreros que resulten elegidos serán llamados por grupos para incorporarse en Madrid al curso preparatorio; durante éste, de acuerdo con las disposiciones vigentes, podrán ser eliminados aquellos pensionados que, a juicio de la Junta, no demuestren poseer las debidas aptitudes para el aprovechamiento de la pensión.

LA FEDERACIÓN DE METALÚRGICOS EN HUNGRÍA

En el mes de octubre último celebró la Federación Nacional de Metalúrgicos de Hungría el XXV aniversario de su constitución y la inauguración de su Casa del Pueblo.

Era de interés de esta Federación hermana que en estos actos estuvieran representadas todas las que pertenecen a la Internacional; y al efecto, en la reunión del Comité celebrada en Londres, se acordó que la próxima tuviera efecto en Budapest, en la fecha coincidente con la del aniversario de la Federación húngara. Nuestra organización no ha podido estar representada por los cuantiosos gastos que un solo delegado había de asignar; pero oportunamente se envió nuestra adhesión más sincera y entusiasta.

Resulta verdaderamente interesante conocer el desarrollo de la organización nacional de metalúrgicos húngaros. Entre todas las pertenecientes a la Internacional es, acaso, la que más haya sufrido en toda su vida. Véase el originalísimo gráfico que publicamos en esta misma plana, en el cual se representa el número de federados que tuvo desde 1903, fecha de su constitución, hasta 1927, y él dará una idea de lo que habrá luchado para poder subsistir frente a todas las contradicciones.

Obsérvese que inicia su funcionamiento con 7.127 federados, y que en 1913 alcanza la cifra mayor de todos los años precedentes, llegando a un número de 29.653 federados. La ascensión es constante desde 1909. La Federación tiende a consolidar el número de sus adherentes; pero surge la guerra, y los federados quedan reducidos en 1914 a 11.112. ¿Porque van a la guerra? Así se desprende del gráfico, e indica la lógica. Durante los años 1917-18, la Federación alcanza su máximo esplendor; pero...

¿No recordáis, camaradas metalúrgicos, del terror blanco en Hungría, del golpe de Estado de Bela-Kun? La reacción hace verdaderos estragos, y la Federación de Metalúrgicos no se libra de las consecuencias de tal estado de cosas. Sin embargo, lucha por sostenerse, y aumentan y disminuyen sus efectivos; pero mantiene un número muy importante, que actúa con un espíritu de sacrificio realmente admirable.

El camarada Bardos, presidente de la Federación, lo decía en la reunión del Comité Internacional celebrada en Budapest, según el extracto que de ella nos manda el secretario, camarada Ilg:

«Hay pocos países en Europa que tengan que salvar tantos obstáculos como nosotros. Es un verdadero milagro que, a causa de las innumerables persecuciones, a las cuales ha estado y está expuesto el movimiento obrero, no se haya

hundido la organización. Si esto no ha ocurrido; si, por el contrario, la clase obrera húngara se ha reafirmado más aún en medio de luchas incansables, se debe a la fuerza de convicción que anima, no sólo al obrero individualmente, sino a la masa en general. Las tentativas de abatir a los obreros por medio de las persecuciones han fracasado ante la energía con que les ha hecho frente la clase trabajadora consciente.

El movimiento obrero no ha sido aniquilado, y nuestra nueva Casa del Pueblo es la prueba más evidente de que el espíritu de sacrificio de nuestros compañeros no ha sido paralizado. Si se tiene en cuenta las condiciones económicas en que vive el obrero húngaro, a causa de los pequeños salarios que disfruta, se puede deducir a qué sacrificios han debido apelar los metalúrgicos para poder edificar esta nueva Casa del Pueblo.

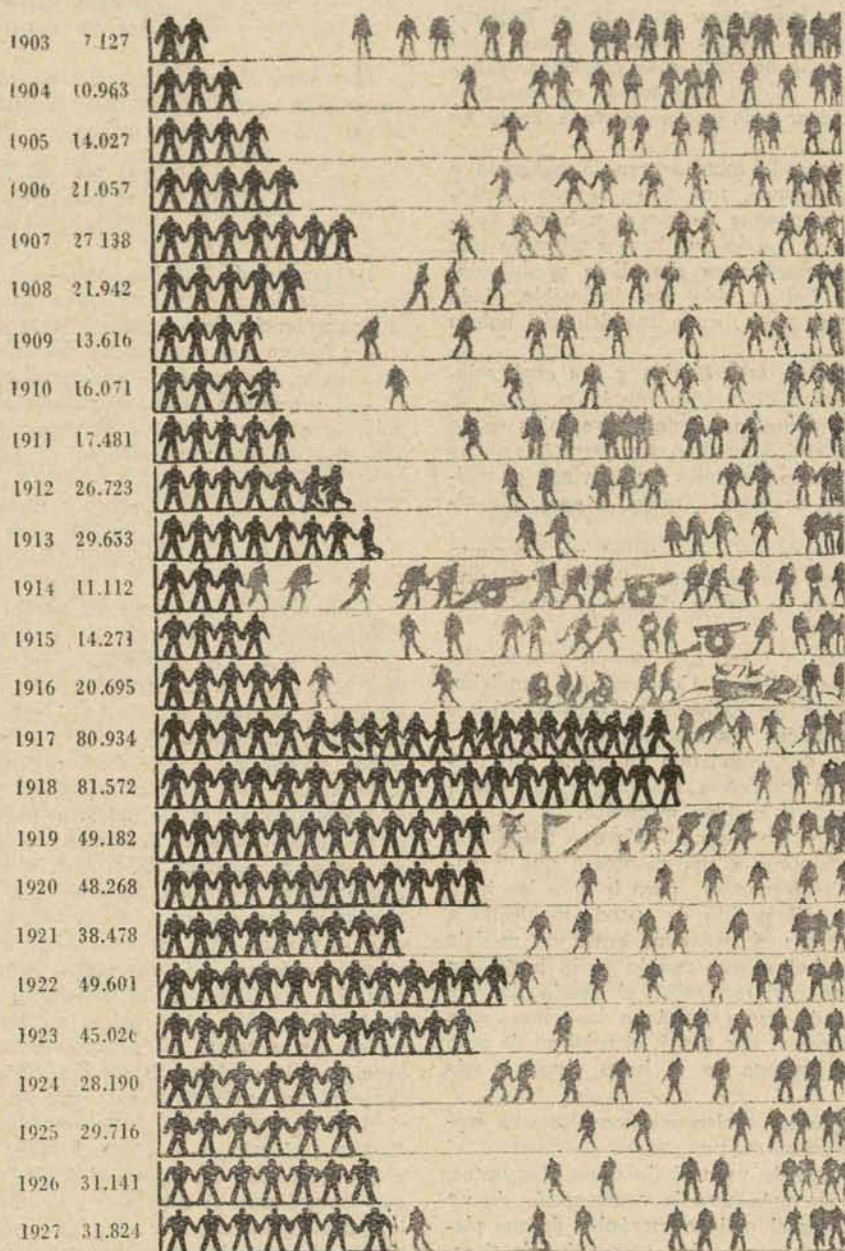
Pero aun en las situaciones más difíciles no hemos de renunciar a la lucha por su mejor porvenir, y nos esforzaremos igualmente por continuar siendo

dignos de la Federación Internacional de Metalúrgicos.»

No creemos que sea necesario decir más para destacar detalles importantes de la existencia de la Federación hermana de Hungría. El hermosísimo discurso que hemos traducido y el gráfico (sobre éste, principalmente, llamamos la atención de nuestros lectores, a fin de que se den cuenta de su significado) que publicamos, son elementos suficientes para hacer comprender a los metalúrgicos españoles que cuando hay espíritu de sacrificio nada ni nadie puede hacer que la organización obrera desaparezca.

Reiteramos nuestra adhesión más cordial a los camaradas de la Federación de Metalúrgicos de Hungría.

Número de federados desde 1903 hasta fin de 1927.



Lectura para aprendices

La organización científica, en una fundición de hierro

III

Toda máquina de moldear deberá emplearse siempre para su plena capacidad, teniendo el debido cuidado de no sobrepasar nunca la fuerza teórica que haya sido garantida por el constructor.

—¿Qué opinión tiene usted sobre las máquinas de moldear, grandes y pequeñas?

—Las máquinas grandes son mucho más ventajosas que las pequeñas; así, por ejemplo, nosotros tenemos una máquina hidráulica grande para moldear las mesas mayores de nuestras máquinas de serrar de cinta. Moldeamos también, como usted ya conoce, otras mesas de sierras de cinta más pequeñas, y nos resulta mucho mejor moldear o colocar tres mesas en una caja sobre esta máquina que moldear una mesa en cada caja, en máquinas más pequeñas.

Ahora precisamente acabamos de moldear, en la máquina a doble efecto, la mayor que poseemos, una serie de 1.000 puentes, o soportes de máquinas pequeñas de cinta, y hemos colocado cuatro piezas en cada caja, con lo que hemos obtenido una producción de treinta y dos soportes por día. Esta producción, con máquinas pequeñas, nos habría sido hoy imposible, dada nuestra organización de puentes-grúas, cuya insuficiencia habría sido manifiesta.

—Después de todo lo visto en esta fábrica y las explicaciones que usted me ha dado sobre el moldeo mecánico, estoy de acuerdo y comprendo perfectamente sus grandes ventajas en lo que se refiere al moldeo de grandes, medianas y pequeñas series de piezas; pero se me ocurre una pregunta: ¿Conviene el moldeo mecánico a las fundiciones no especializadas, a esas que reciben el modelo de los clientes?

—Es muy posible que haya en esto que usted me pregunta una dificultad; pero yo estimo que se trata solamente de una cuestión de educación del cliente, o, mejor dicho: al cliente hay que educarle.

Primeramente, le recomiendo a usted que lea un artículo del número que la revista *L'Usine* dedicó al Congreso de Fundición del año 1927, en el que el autor se extiende en consideraciones para recomendar que se generalicen los modelos a unión plana, o sea los modelos cortados en dos, siguiendo un plano. Un modelo de este género permite el moldeo a mano, y, sobre todo, es el modelo indispensable para el moldeo mecánico.

Por esta razón, una fundición no especializada que tenga máquinas de moldear debe acostumbrar a sus clientes a que le envíen modelos contruidos de esta manera, para lo que les hará las siguientes observaciones: «El pedido de usted, moldeado a mano, costará tanto; ahora bien: si usted me envía un modelo cortado en dos a unión plana, el mismo pedido se lo hago con una reducción del 15 ó el 20 por 100 sobre el precio dado y con la garantía de seguridad de que existirá en las piezas una absoluta regularidad de espesores y, por tanto, el mínimo de peso por pieza. Pero, además, la entrega se la hago cinco o seis veces más de prisa.»

Los clientes, que, regularmente, suelen ser constructores mecánicos y saben apreciar lo que es un precio de coste y el interés que representa la entrega de un trabajo unos días antes, no titubearán en pagar un poco más cara la construcción de un modelo para facilitar al fundidor el moldeo mecánico de sus piezas, una vez que con ello ven en perspectiva economías de tiempo y de dinero superiores a la pequeña diferencia del coste del modelo.

También, y cuando hayan comprobado que, después de fundida la primera serie de piezas, se les devuelve un modelo perfecto y en estado completamente nuevo, en lugar del acostumbrado montón de astillas, se convencerán aún más de la gran eficacia de estos métodos. Estimo, pues, como resumen de contestación a su pregunta, que la solución en este caso está basada en un perfecto acuerdo entre fundidores y clientes.

—¿Qué metal emplean ustedes para las placas modelos, modelos sobre placa y sus peines respectivos?

—El metal que empleamos para todas estas placas es el «régulo», pues, como usted sabe, funde a muy baja temperatura, y, además, tiene la ventaja de tener una contracción muy escasa.

La poca ductibilidad del «régulo» nos obliga, por otro lado, a emplear el hierro fundido para la construcción de los peines cuando éstos tienen partes que son débiles.

—¿En qué proporciones emplean ustedes este metal para las construcciones de placas modelo?

—Nos servimos indistintamente de varias aleaciones, que se diferencian entre sí, según el empleo a que se haya de destinar el metal. Para placa modelo nos resulta muy bien la aleación de

$$100 = \begin{cases} 88 \text{ por } 100 \text{ de estaño.} \\ 12 \text{ por } 100 \text{ de antimonio.} \end{cases}$$

Hay otra aleación bastante buena, aunque menos dúctil que la anterior, pero que resiste mucho más al rozamiento, y es la de

$$100 = \begin{cases} 42 \text{ por } 100 \text{ de estaño.} \\ 42 \text{ por } 100 \text{ de plomo.} \\ 16 \text{ por } 100 \text{ de antimonio.} \end{cases}$$

Las cajas de machos metálicas las fundimos en aluminio, pues la práctica nos ha demostrado, por infinidad de razones, la conveniencia del empleo de este metal.

—¿Poseen ustedes alguna fórmula de aleación, o soldadura, para tapar los poros del «régulo» y el aluminio?

—Sí: también hemos estudiado algo para estos fines, y, además, le explicaré de qué manera operamos para alea los componentes de esta composición, cuyas cantidades son:

$$1.000 = \begin{cases} 666 \text{ por } 1.000 \text{ de estaño.} \\ 314 \text{ por } 1.000 \text{ de cinc.} \\ 20 \text{ por } 1.000 \text{ de aluminio.} \end{cases}$$

Empezamos por fundir el aluminio en un crisol de grafito, teniendo absoluto cuidado de que no se requeme. Cuando el aluminio está bien caliente, se le agrega el cinc, y se mueve muy bien esta mezcla durante unos minutos. Finalmente se echa estaño, y también se remueve bien toda la mezcla durante un momento, moldeando después el contenido en barretas sobre un molde preparado a este efecto, cuidando, naturalmente, de que dicho molde esté muy bien seco.

Formando parte de nuestra organización científica tenemos otras instalaciones de bastante interés. He aquí la recuperación de todos los residuos de arenas, o sea que todo aquello que no puede pasar o no es admitido por los tamices de mezclas de arenas va cayendo en una tolva de fondo oscilante, por medio del cual se envían estos residuos sobre una correa sinfín. Un obrero, sentado enfrente de esta correa, separa a la mano el cok y las materias que deben ir al escombros. En el extremo del recorrido de la correa hay una regleta en sentido transversal, cuya separación de la correa no permite entre ambas más que el paso de la arena, la cual cae a un depósito, en lo que los terrones son detenidos y enviados por la regleta a otro depósito.

Las aglomeraciones de arena, o terrones, pasan al molino triturador; el cok va otra vez al taller de machos, y la arena fina, a los depósitos de distribución de arenas de la fundición. Con esto impedimos el despilfarro de las arenas que suelen siempre ir entre el escombros y disminuimos en una cantidad considerable las importaciones de nuevas arenas.

Este es el separador magnético, para, en el momento de hacer la distribución de tierras ya usadas, extraer de ellas todos los trozos de hierro que contengan. No puede usted darse idea de las toneladas de hierro que impedimos vayan al escombros y la escoria, con el auxilio de un solo obrero, al mismo tiempo que también impedimos el que las arenas se estropeen.

Aquí tenemos el secador automático de las arenas. El camión las descarga según vienen de la mina o el desmonte sobre esta parrilla del elevador. Una vez que han pasado por el secador vertical, se envían por elevadores a unas tolvas, después de trituradas y tamizadas. Debajo de estas tolvas hay colocados unos depósitos de un metro cúbico, que, a su vez, están sobre unos carros, que, a la mano, los pasan a la fundición con extraordinaria facilidad.

La última instalación es la de evacuación de escombros y escorias, que, regularmente, en las fundiciones, se suelen amontonar en sitio que no estorben, y después se palean sobre camiones.

Es fácil comprender lo penoso que resulta este trabajo, dada la altura de los camiones; después, lo antihigiénico del mismo, por el polvo tan grande que se levanta, y, finalmente, el tiempo que el camión permanece inactivo en espera de estar totalmente cargado.

Nosotros hemos instalado, como usted ve, un pórtico con un polipasto eléctrico de seis toneladas. Bajo este pórtico, dos fosos, conteniendo cada uno un depósito de tres metros cúbicos. Los residuos, escombros y escorias se echan en estos depósitos.

El camión viene a colocarse entre los dos depósitos, y cuando uno de ellos está lleno, el mismo chofer lo descarga sobre el camión, con la ayuda del polipasto, en menos de cinco minutos.

Economía de personal, trabajo fácil, economía de tiempo, trabajo higiénico, economía de sitio, comodidad, etc., etc.

Al terminar esta visita a una fundición de hierro que toma como base en su explotación el empleo de los métodos de la *organización científica*, ruego a los aprendices metalúrgicos, y especialmente a los fundidores, que mediten y reflexionen sobre lo que pueden ser las fundiciones de hierro en el futuro, racionalmente organizadas, y que traten de sacar de todo esto una consecuencia.

WORKMAN

PREFACIO

Cuando fueron publicados los últimos volúmenes de la *Encuesta sobre la producción*, nosotros pedimos a nuestro eminente colaborador M. Edgard Milhaud, encargado de la dirección de la encuesta, que nos resumiese las conclusiones a las cuales había llegado sobre los resultados de la jornada de ocho horas. Los dos artículos que él dedicó a este tema, en los números de diciembre de 1925 y febrero de 1926 de la *Revista Internacional del Trabajo*, suscitaron un interés que está lejos de decaer. Para responder a las numerosas demandas que nos han sido dirigidas es para lo que nosotros las reproducimos en este folleto.

Bien raros, en verdad, son hoy los que niegan todavía los beneficios que la jornada de ocho horas asegura a los asalariados. Bien raros son los que niegan su virtud civilizadora. En medio de las peripecias, algunas veces confusas, que conoce la obra de ratificación del convenio de Washington manifiesta su vitalidad y se afirma inevitable. En una sesión muy reciente del Consejo de Administración de la Oficina Internacional del Trabajo el grupo patronal declaró, una vez más, solemnemente, su adhesión a ese principio. A despecho de las dificultades cotidianas con las cuales tropezamos, nosotros estamos tentados de decir que la de las ocho horas es causa ganada de antemano.

Alguna vez, sin embargo, puede renacer alguna duda; algún argumento especioso puede desconcertarnos. ¿Es cierto, está científicamente demostrado que la disminución de la jornada de trabajo puede ser realizada sin que disminuya la producción? La objeción fundamental de que a una civilización más elevada le hacen falta bienes materiales más abundantes, y que esos bienes sólo pueden ser producidos por un trabajo más largo, ¿tiene algún valor?

Aun si ello fuese así, la Humanidad debería decidirse a escoger entre la suma de los bienes espirituales y la de los bienes materiales lo que prefiriese. Aun entonces no estaría fuera de lugar el pesar los adelantos morales y sociales de la jornada de ocho horas para la clase obrera, y la cantidad abundante de bienes producidos.

Pero, precisamente, lo que establecen, lo que ponen en evidencia las conclusiones de la *Encuesta sobre la producción*, es que ese dilema no existe; que, por la acción combinada de la intensidad del trabajo y de los perfeccionamientos técnicos, la producción puede ser mantenida al mismo nivel, además de reducirse notablemente la jornada de trabajo.

1.º El establecimiento de la jornada de ocho horas ejerce una acción estimulante sobre el progreso técnico.

2.º Ejerce una acción no menor sobre el rendimiento propio

de los obreros; es decir, sobre el agente humano de la industria. Tales son las dos series de conclusiones a las cuales llega M. Edgard Milhaud.

Toca al lector juzgar sobre el rigor científico y la prudencia con que han sido establecidas. Nos será permitido, sin embargo, llamar su atención hacia las dificultades del problema, dificultades cuyo examen crítico debía, por decirlo así, producir, en último análisis, un elemento nuevo de comprobación.

Si es verdad, en efecto, que en todo tiempo la determinación de las relaciones de causa a efecto en materia económica y social ha tropezado con la complejidad y el embrollo de los factores, hay una época, tan turbada como la que sigue al cese de las hostilidades, en que el problema de la acción exacta que había podido ejercer el establecimiento de la jornada de ocho horas tropezaba con obstáculos excepcionales. De una parte, las vicisitudes económicas de los años 1920 y 1921, el período del «boom», inmediatamente seguido de una crisis de una amplitud insospechada, debían impedir el desenvolvimiento del progreso técnico, al cual incitaba naturalmente el establecimiento de las ocho horas. De otra parte, la mala alimentación de las clases obreras, la perturbación por exceso de fatiga durante el período de guerra; después, la crisis moral de la postguerra y los movimientos desordenados de los salarios, debían restringir la influencia de la reducción del tiempo de trabajo sobre el rendimiento obrero.

La enorme masa documentaria que suministra la *Encuesta* permite determinar el papel de los diversos factores en esta crisis de la postguerra y llegar a conclusiones verdaderas.

Pero lo que da a las conclusiones de M. Edgard Milhaud sobre el período de la postguerra un remozamiento de certeza es la concordancia perfecta con las conclusiones del período de la guerra y las del anterior a ella.

Durante la guerra se tuvo, en efecto, la doble experiencia de una prolongación excesiva de la jornada de trabajo, al principio de las hostilidades, y su reducción en una época ulterior. Además, en el interés mismo de la defensa nacional, los Gobiernos de diversos países debieron hacer un excepcional esfuerzo para estudiar científicamente el problema del trabajo y de la producción.

Antes de la guerra, en fin, nosotros habíamos tenido las grandes experiencias clásicas del establecimiento de la jornada de ocho horas en Empresas particulares, verdaderas experiencias de laboratorio, en las cuales los iniciadores se esforzaban para desempeñar, con un rigor enteramente científico, la acción de la jornada de ocho horas sobre el rendimiento propio de los obreros, manteniendo rigurosamente iguales todas las condiciones de la herramienta, de la organización del trabajo y de la remuneración.

Los diferentes hechos, las diferentes informaciones, los diferentes métodos, tan completos, y la concordancia de los resultados, han reafirmado nuestra convicción.

¿Osaremos nosotros añadir a la convicción íntima que poseemos de estar sobre el camino de la verdad la adhesión de testigos exteriores, que nos ha llegado después de la publicación de este trabajo?

Los inspectores del trabajo en Suiza, en el informe de los años 1924 y 1925, han hecho la declaración siguiente:

«Sentiríamos no citar, a propósito de las nuevas condiciones establecidas en la industria, el interesante trabajo que el profesor Milhaud ha publicado en la *Revista Internacional del Trabajo*. Este eminente economista llega exactamente a las mismas conclusiones que nosotros, que vivimos desde muchos años en contacto, por decirlo así, diario con las fábricas y seguimos su desenvolvimiento. El trabajo ha sido organizado en series, pagado a la pieza, todo combinado con una mejora general del «outillage». Se ha instalado a los obreros en su verdadero sitio, o sea en el que ellos son capaces de producir un mayor rendimiento. Ha sido preciso utilizar de manera completa el tiempo de trabajo autorizado, que obliga al obrero a comenzar a la hora exacta y a no dejar su sitio hasta que se dé la señal por la sirena de la fábrica; se han suprimido también los reposos intermedios, siempre que eso pueda hacerse sin perjuicio

para el obrero; se ha reforzado la disciplina en la vigilancia. Se ha arreglado todo de forma que el obrero no tenga que atender a las previsiones que le son necesarias. Se ha exigido una mayor solidez en la maquinaria y demás útiles, como consecuencia del empleo de buriles en acero rápido, de los cuales se estudió cuidadosamente el corte. Se ha buscado la forma de limpiar los locales y las máquinas fuera de las horas de trabajo. Se suprimieron los movimientos inútiles; los pesos grandes son transportados por carros y elevadoras; se instalaron los locales de manera más práctica y se mejoró su alumbrado.»

Que se nos perdone la extensión de la cita. Conocemos cuán pesado resulta un tal testimonio.

He aquí, de otra parte, que en Checoslovaquia, M. Tuncy, antiguo ministro de Trabajos públicos, secretario general de la Federación de Sindicatos Nacionales, refiriéndose al mismo estudio, hizo, en un discurso, una declaración no menos neta:

«En la *Revista Internacional del Trabajo*, el profesor Milhaud ha dado un resumen de las experiencias de los inspectores de trabajo de los diversos países sobre los resultados de la introducción de la jornada de ocho horas desde el punto de vista moral e higiénico; es decir, en cuanto a la influencia sobre el estado físico y moral del salario, a su rendimiento, a la vida de familia, a la vida social y al desenvolvimiento intelectual.»

En todos los países examinados, comprendidos los Estados Unidos, se ha comprobado que la disminución de la jornada de trabajo ha sido la causa inmediata del aumento del rendimiento en el trabajo, que ha determinado en el obrero el gusto al trabajo, que ha sido una de las razones del aumento de la cantidad y de la calidad del rendimiento, etc...»

M. Tuncy citaba a continuación los resultados concernientes a Inglaterra, Suiza y Francia, y concluía:

«Cuando una encuesta parecida sea hecha entre nosotros por los especialistas oficiales, sus resultados no han de diferenciar-se de las informaciones dadas por el profesor Milhaud.»

En fin, en los Países Bajos, en el último informe, que acaba de salir de prensa, los inspectores del trabajo, sin referirse a nuestro estudio, llegan a las mismas conclusiones. Después de haber anotado que la industria siente falta de grandes adelantos para adaptarse a una reforma tan profunda como la que ha sido introducida en el régimen de trabajo por la ley de 1919 (cuarenta y ocho horas por semana, con máximo de ocho horas y media), ellos hacen las comprobaciones siguientes:

«Pero ya esta adaptación se manifiesta bajo diferentes formas, que tienen de común el que provengan todas de la acción intensa de un mismo estímulo: la necesidad, impuesta por la reducción obligatoria de la jornada de trabajo, de sacar el mayor partido posible al tiempo de que se dispone. El aumento de precio de la mano de obra ha contribuido también a este resultado. En todo caso, es preciso hacer constar que la dirección de las Empresas ha sido obligada a mejorar los métodos de trabajo en más alto grado que en los períodos anteriores, así como la organización de Empresas, los recursos técnicos... La reducción de la jornada de trabajo ha sido el punto de partida de un esfuerzo mucho más grande hacia la eficiencia; ha sido para el hombre un aguijón en la lucha para martirizar la materia, de lo cual debe felicitarse. Ya son innumerables los ejemplos de fábricas donde la producción por obrero ha aumentado en un cincuenta por ciento, y aun más; y eso sin que, al fin de cuentas, haya sido necesario el exigir del obrero un mayor esfuerzo.»

* * *

Para los obreros, las consecuencias directas de la reforma son, casi sin excepción, todas favorables... Si las condiciones sanitarias de la población obrera durante los últimos años han sido excelentes, es indiscutible que la reducción de la jornada de trabajo ha contribuido en muy grande medida a esta mejora. Los adelantos que resultan para la industria con el aumento de la capacidad de trabajo y disminución de las ausencias por enfermedad no deben ser olvidados en el cálculo de los gastos relativos a los salarios.»

Así es como, con una fe inquebrantable, una convicción en-

tera, fundada a la vez sobre la experiencia y sobre el asentimiento general, los defensores de la jornada de ocho horas pueden asegurar, con M. Edgard Milhaud, «que ella favorece el progreso técnico por el impulso dado al desenvolvimiento del «outillage», por la mejora de la jornada de trabajo, por la aplicación más racional y, en el sentido más riguroso de la palabra, más económica de las fuerzas productivas humanas.

Albert THOMAS

(Del libro *La journée de huit heures et ses résultats*. Traducido para EL METALÚRGICO por Santiago Carrillo.)



Nueva Casa del Pueblo de la Federación Nacional de Metalúrgicos de Hungría.

Los trabajadores intelectuales

Dos importantes estudios acaba de publicar la Oficina Internacional del Trabajo en relación con los obreros de la inteligencia: un volumen con la encuesta efectuada sobre las condiciones de trabajo y de vida de los periodistas en todo el mundo y un extenso artículo sobre el movimiento de organización de los trabajadores intelectuales.

La introducción, las conclusiones y un anejo del primero de dichos estudios los publica en su número de noviembre la revista *Informaciones Sociales*, órgano español de la Oficina. A continuación inserta el trabajo sobre organización de los obreros intelectuales.

Ambos estudios tienen un interés realmente excepcional, no sólo por su novedad, sino por lo que representan como síntoma de los tiempos, puesto que demuestran la orientación adoptada ya universalmente por una gran parte de los obreros de la inteligencia, convencidos, por fin, de que el mejoramiento de su estado social y económico y su ulterior emancipación no podrán ser alcanzados sino mediante el propio esfuerzo, exactamente igual que los trabajadores de las demás clases.

Este número ha sido visado por la censura.